

encontrar en esta ocasion alivio en su enfermedad, por cuanto, pasados breves dias, regresó á Madrid; mas, en cambio, este último viaje le dió materia para escribir el prólogo mas original que puede imaginarse, con destino á la novela en que ejercitó los últimos rasgos de su ingenio, el *Pérsiles y Sigismunda*. Solo CERVANTES, aquel espíritu igualmente sereno en las situaciones mas terribles que en los sucesos comunes de la vida, pudo referir, con la gracia y animacion que encierra el prólogo del *Pérsiles*, su último viaje de Esquivias á Madrid en los momentos en que sentia ya sobre su cuerpo los helados dedos de la muerte. Hé aquí íntegro dicho prólogo:

«Sucedió pues, lector amantísimo, que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes y otra por sus ilustrísimos vinos, senti que á mis espaldas venia picando con gran priesa uno que, al parecer, traia deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró dándonos voces que no picásemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venia vestido de pardo, antiparras, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales; verdad es no traia mas de dos, porque se le venia á un lado la valona por momentos, y él traia sumo trabajo y cuenta de enderezarla: llegando á nosotros dijo: «Vuestas mercedes ¿van á alcanzar algun oficio ó prebenda á la córte, pues allá está Su Ilustrísima de Toledo y Su Majestad ni mas ni menos, segun la priesa con que caminan, que en verdad que á mi burra se le ha cantado el victor de caminante mas de una vez?» Á lo que respondió uno de mis compañeros: «El rocín del señor Miguel de Cervantes tiene la culpa desto, porque es algo que pasilargo.» Apenas hubo oido el estudiante el nombre de *Cervantes*, cuando, apeándose de su cabalgadura, cayéndosele aqui el cojin y alli el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetió á mi; y acudiendo á asirme de la mano izquierda, dijo: «Si, si, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y, finalmente, el regocijo de las musas.» Yo, que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder á ellas; y asi, abrazándole por el cuello, donde le eché á perder de todo punto la valona, le dije: «Ese es un error donde han caido muchos aficionados ignorantes; yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las musas, ni ninguna de las demás baratijas que ha dicho vuesa merced: vuelva á cobrar su burra, y suba, y caminemos en buena conversacion lo poco que nos falta del camino.» Hizolo asi el comedido estudiante; tuvimos algun tanto mas las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento, diciendo: «Esta enfermedad es de hidropesia, que no la sanará toda el agua del mar Océano que dulcemente se bebiese: vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna.—Eso me han dicho muchos, respondí yo; pero asi puedo dejar de beber á todo mi beneplácito, como si para solo eso hubiera nacido: mi vida se va acabando, y al paso de las efemérides de mis pulsos, que á mas tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha

llegado vuesa merced á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado. En esto llegamos á la puente de Toledo, y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decillo, y yo mayor gana de escuchallo. Tornéle á abrazar; volviósese á ofrecer; picó á su burra, y dejóme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, quien habia dado gran ocasion á mi pluma para escribir donaires: pero no son todos los tiempos unos; tiempo vendrá, quizá, donde, anudando este roto hilo, diga lo que aqui me falta, y lo que sé convenia. Adios gracias, adios donaires, adios regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida.»

Así iba caminando á la muerte, que jamás conturbó su ánimo, risueño, jovial, con fe, con esperanza: no de otra suerte nos presentan los grandes artistas en sus lienzos á los justos y bienaventurados que hacen su tránsito para la vida eterna con el gozo en el semblante, como quien se dispone á recibir el premio que reserva el Señor á las virtudes cristianas. En tanto, la enfermedad iba agravándose: el 18 de Abril recibió CERVANTES la Santa Extremauncion, hallándose en su cabal sentido, tan completo, que todavía pudo en el siguiente dia dictar aquella carta, dedicatoria y despedida, á su bienhechor el conde de Lemos, donde, ofreciéndole como última expresion de su gratitud su novela favorita *Pérsiles y Sigismunda*, revela cuánta nobleza y ternura atesoraba aquel corazon, herido siempre por la contraria suerte, pero jamás dañado.

Léase, pues, tan interesante documento, segun dice Ríos que merece leerse, con la misma atencion y respeto con que la antigüedad escuchó los últimos acentos de Séneca:

«Aquellas coplas antiguas (escribe CERVANTES al conde) que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: *Puesto ya el pié en el estribo*, quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epistola, porque casi con las mismas palabras puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pié en el estribo,

Con las ansias de la muerte,

Gran señor, esta te escribo.

Ayer me dieron la Extremauncion, y hoy escribo esta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan; y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los piés á V. E., que podria ser fuese tanto el contento de ver á V. E. bueno en España, que me volviere á dar la vida; pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y, por lo menos, sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mi un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun mas allá de

la muerte mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecía, me alegro de la llegada de V. E., regocijome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas, dilatadas en la fama de las bondades de V. E.»

Despues de haber llenado CERVANTES en sus postrimerías, de tan hidalgo modo, los deberes de gratitud, consagróse por completo á los de religion y de familia; y otorgado ya testamento, en que nombraba á su mujer Doña Catalina de Salazar cumplidora de sus disposiciones, restituyó su alma al Señor el sábado 23 de Abril de 1616, en su morada de la calle del Leon, esquina á la de Francos, que ahora lleva su nombre. Su edad era la de sesenta y ocho años y medio. Fué enterrado, segun su deseo, en el convento de Monjas Trinitarias, donde, como mas arriba dejamos expuesto, se cree con gran fundamento que habia profesado dos años antes su hija natural Doña Isabel. El funeral es presumible que fuera tan modesto como correspondia al que, á ejemplo del gran poeta portugués Luis Camões, *vivió y murió pobre*.

Ignorábase hasta hace poco tiempo cuál podria ser el lugar verdadero donde yacieran sus despojos, por el errado concepto de que, cuando acaeció su muerte, la Comunidad de las Trinitarias tenia su convento en la calle del Humilladero, del cual suponian no haberse trasladado al de la de Cantarranas (hoy Lope de Vega) hasta el año de 1633. De este error han venido participando todos los biógrafos de CERVANTES, hasta el mismo Sr. Don Eugenio de Ochoa, nuestro antiguo amigo, que escribia sobre el particular en París, en 1860, á pesar de que ya en esa fecha se hallaba apurada la verdad. El Padre Fray Alejandro de la Madre de Dios, en su *Crónica de la Orden de Trinitarios Descalzos*, expresó terminantemente que, desde 1612 hasta 1639, residieron las monjas trinitarias en su convento de la calle de Cantarranas. Este importantísimo dato, desapercibido, como tantos otros que han ido sucesivamente apareciendo y dando luz á la materia biográfica de que tratamos, no se escapó á la exquisita diligencia del Sr. Madoz, el cual, en su apreciable DICCIONARIO, artículo *Madrid*, le consigna con extension, para probar, dice, "que MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA fué sepultado en este mismo convento de la calle de Cantarranas, y no en la del Humilladero, como generalmente se cree y como registran varias obras, inclusa la interesante *Vida* de aquel ingenio publicada por el apreciable caballero y sábio modesto Don Martin Fernandez de Navarrete." El no menos modesto y muy digno historiógrafo de las antigüedades de Madrid, Don Ramon de Mesonero y Romanos, da por resuelta tambien dicha cuestion en el propio sentido, haciéndose cargo de la noticia del Sr. Madoz en el

curioso libro que dió á luz, en 1861, bajo el título de *El Antiquo Madrid: paseos histórico-aneecdóticos por las calles y casas de esta villa*. Es de extrañar, sin embargo, que siendo ambos datos de un mismo origen, y aun, al parecer, mera referencia el uno del otro, difieran en el nombre de pila de la fundadora y en el año de la fundacion. Llamábase aquella, segun Madoz, Doña Francisca Romero, hija de Don Julian, general de Felipe III, y erigió el convento en 1612; y, segun Mesonero, Doña Juana Gaitan, hija del mismo general Don Julian Romero, y la fecha de la fundacion 1609. Verdad es que, resultando uno mismo en ambas versiones el padre de la fundadora, aunque aparezca discrepancia en el nombre de esta, no es la contradiccion considerable, por cuanto, respecto á los apellidos, tenia los dos: en todo caso debe, en nuestro concepto, preferirse el texto del Sr. Madoz, por ser el que sirve de base al del Sr. Mesonero, y encontrarse, además, apoyado en las noticias tradicionales de la Comunidad sobre dichas dos circunstancias; noticias referentes á que Doña Francisca Romero y Gaitan tenia en su casa doce beatas, á quienes y á ella puso el hábito de trinitarias descalzas, en 1612, el Beato Juan Bautista de la Concepcion, reformador de esta Orden.

Ya está, pues, averiguado el sitio adónde fué conducido el cuerpo de MIGUEL DE CERVANTES despues de su muerte. Lleváronle en hombros, y con el rostro descubierto, los hermanos de la Orden Tercera de San Francisco, como individuo que fué de aquella Hermandad. Recibió modesta sepultura: mas, si no hubo en la ceremonia fastuoso catafalco, ni fúnebre pompa, ni curiosa muchedumbre que, para congraciarse con los vivos, acompañara al difunto, oraba á la sazón entre las demás, dentro de aquel solitario cláustro, una humilde religiosa, tal vez dos, si la tradicion no se engaña, elevando sus preces al Altísimo por el alma de aquel pobre poeta que fué su amor cuando le animaba el soplo de la vida.

Hoy carece todavia aquel sagrado recinto de un sarcófago digno de los restos venerandos que contiene; pero tan gran recuerdo no puede extinguirse: lejos de eso, reverdece mas y mas cada dia, á medida que el tiempo avanza; y, despues de dos siglos y medio transcurridos, cuando la Real Academia Española anuncia la solemnidad religiosa que celebra anualmente, el dia 23 de Abril, en sufragio del PRÍNCIPE de nuestros ingenios, el enlutado templo de las Religiosas Trinitarias de esta córte apenas basta á contener la apiñada muchedumbre que, agrupada en torno de las mas esclarecidas inteligencias del país, acude ansiosa y reverente á recoger, de los labios de prelados ilustres, la elocuente oracion consagrada al dulce, al conmovedor recuerdo de las virtudes cristianas que resplandecieron en aquel escritor sin segundo, y de las bellezas que atesoran sus creaciones inmortales.